

su génio, le habia de regalar la inspiracion de sus antiguos poetas.»

XXIV.

Estas lecciones no concluyeron como comenzaron. Habian sido comenzadas en dias de entusiasmo y concluyeron en dias de reflexion. La primera parte de ellas habia tenido por objeto cantar el ideal religioso del movimiento democrático: la última se refería á la libertad de la Iglesia, que era una manera indirecta de reclamar la libertad de conciencia. No habia contradiccion entre las lecciones de los primeros años y las de los últimos, pero habia diferencia. El criterio político y social del orador era el mismo en todas ellas; el religioso variaba un poco en las últimas. Por este tiempo comenzó en él, á nuestro entender, la revolucion racionalista, que solo tomó desarrollo y cuerpo en la emigracion. Ya no creia tan por completo en el año 58—las últimas lecciones fueron en el año 62—que el cristianismo habia sido la única causa civilizadora, á partir de su oposicion de la historia moderna, y si no dudaba de él como elemento civilizador, su influjo le parecia ya mas lento en la vida social, una entre las varias causas del progreso y nada mas. Habia variado un tanto su manera de juzgar, lo que prueba que el progreso alcanza á todo, desde la vida social hasta la razon de cada uno de los hombres.

Como Castelar dice que podria formarse una biblioteca con los libros que han escrito tan diver-

sos autores sobre la vida de Byron, nosotros podemos decir tambien que serian muchísimos los libros que podian llenarse con las críticas que de estas lecciones se hicieron. Muchos, muchísimos las juzgaron con entusiasmo: todos, hasta los enemigos con benevolencia. Porque Castelar tiene el privilegio que tienen ciertas mujeres hermosas; se podrá aborrecer sus veleidades, sus caprichos; pero en el fondo del alma se las adora. «Es tan bonita» se dice cuando nos refieren su último deslíz. Entre estas críticas solo dedicaremos alguna palabra á un artículo que publicó D. Juan Valera, ese crítico tan eminente, en el *Estado*. Carlos Rubio tambien habló de ellas. Dijo Valera «que Castelar hablaba como cantaba Píndaro: que habia en aquellos discursos demasiadas *alas nacaradas* y demasiadas *perlas*; que su prosa era una *prosa en delirio*, como dijo Kant, pero en todo el mal sentido que podia darse á esta frase; que podia ser un *Zorrilla* de la elocuencia y hacer de sus lecciones una especie de poema *Granada*, al que un crítico extranjero habria llamado, viendo tanta gala y tan poca idea, el poema de la *música celestial*; que el cristianismo no trató nunca de verificar el progreso social y político: que el cristianismo era tan solo una religion del cielo y para las necesidades del alma, y que no cabia progreso en ella, porque progreso vale tanto como decir ir de la imperfeccion á la perfeccion, y mal podria ser progresiva una doctrina que desde luego era perfecta.» Castelar contestó en un magnífico artículo volviendo por sus ideas y probando que «el cristianismo era causa de progreso y que si el dogma, como divino, es eterno é inmutable y por consecuencia no progresivo, al sujetarse á las

condiciones históricas de las ideas, al ser mejor comprendido en un siglo que en otro, se puede asegurar, que en cierto sentido, progresa.» «Los que creen, decia al terminar su refutacion, que el cristianismo ha abandonado en esta edad la civilizacion, entierran, como los fariseos, de nuevo en el polvo de las edades pasadas á Jesucristo, que desde su resurreccion vela por nosotros en el cielo.»

Las esperanzas que estas lecciones resucitaron: los ideales que hicieron revivir: los sentimientos religiosos que despertaron, apagados por el asqueroso neo-catolicismo: los demócratas que hicieron: la juventud que impidieron que cayera en el doble sepulcro del escepticismo religioso y del escepticismo político, podrán decir cuán útiles fueron, no ya en el orden científico, sino en el orden moral. Hay épocas en la historia en que no parece sino que el cuerpo social empieza á tomar ese color que toman las carnes muertas, cuando va á empezar la putrefaccion. Viene uno cualquiera, echa sal sobre aquellas carnes y la putrefaccion se detiene. Castelar fué este emisario de la providencia. Echó la sal de los sentimientos y de las ideas sobre el alma de una parte de aquella generacion, y dijo á las olas de cieno que lo invadian todo: «No pasareis de ahí:» y las olas no pasaron, porque la voz del que las habia hablado no era la voz de un hombre, sino la voz del progreso que hablaba por los labios de una de sus mas poéticas y risueñas encarnaciones.

XXV.

No debemos dejar de mencionar otras obras que por este tiempo, este infatigable obrero del pensamiento y de la palabra, llevó á cabo; el discurso sobre Lucano y los discursos pronunciados en el Ateneo en el año 59 y 61, resumiendo los debates habidos en aquella corporacion literaria sobre el socialismo y el industrialismo y sobre la idea del Progreso. No diremos de ellos mas que una palabra, porque nos falta espacio para examinar otras obras y otros hechos mas importantes de su vida.

El discurso sobre Lucano fué leído en el salon de grados de la Universidad de Madrid con motivo de la toma del suyo de Doctor en la Facultad de Filosofia y Letras. Con decir que este trabajo es parecido á todos los suyos, está dicho todo. Un exámen profundo de la vida y de las obras del gran poeta cordobés constituye el fondo de él. La poesía fué divina en los poemas indios; heroica en los poemas griegos; social y humana en los romanos. Este es el carácter esencial de la poesía de Lucano, y así lo juzga Castelar. Era entonces añeja fórmula en las investiduras de estos grados que los Doctores que asistian con sus respectivas togas, al acto, al llegar á cierto punto del ceremonial, iban recibiendo y dando un abrazo al nuevo Doctor. El abrazo, como puede comprenderse, era siempre ceremonioso y frio. Aquel dia debió suceder lo contrario. El abrazo, estoy seguro que fué entusiasta y cariñoso.

El discurso sobre el socialismo y el individualismo fué una manifestacion de sus ideas sobre estos extremos. Sabidas son de todo el mundo sus ideas puramente individualistas, ideas en las que hoy mismo persiste, á pesar del trascurso y de la mudanza de los tiempos. La cuestion social es eterna, y él cree, como yo creo, que esta no será resuelta por el decreto de una Asamblea, ni siquiera por el sable de un dictador comunista. Desde el pueblo hebreo hasta nuestros modernos pueblos, ha ido presentándose, un dia bajo una forma y otro dia bajo otra. ¿Quién se acuerda ya del modo de ser del socialismo del año 48? ¿Quién de los talleres nacionales y de la nueva Icaria? ¿Qué ha quedado de los severos raciocinios de Proudhon? Nada mas que sus negaciones, ni siquiera aquella teoría suya de la exposicion permanente. La cuestion social, en resúmen, no es mas que la peticion de pan para aquellos que no le tienen; y la peticion de aquello que es legítimamente necesario al hombre para la satisfaccion de sus necesidades tanto físicas como intelectuales, no será resuelta, á mi entender, mas que por el progreso. Para resolverla de otra manera seria preciso volcar la sociedad de arriba á bajo, y aun esto sería estéril, porque la sociedad, como los líquidos, volveria á tomar su nivel y á proseguir su obra desde el punto en que se le habia interrumpido, porque en la historia no son posibles los saltos y si solo las soluciones de continuidad. El error de todas las escuelas socialistas ha sido que han creado una sociedad artificial, frágil como la antigua estatua bíblica, porque todo lo que no descansa sobre las eternas leyes naturales es liviana arcilla cimentada sobre de-

leznable polvo. ¿El progreso no ha matado las aristocracias opresoras? ¿No ha matado los privilegios de las clases y de las industrias? ¿No proclama la libertad absoluta de comercio? ¿No fomenta las Cajas de Ahorros, las sociedades cooperativas, las asociaciones de obreros? ¿No proclama la huelga como un medio de oponerse el obrero á las excesivas exigencias del capital y del fabricante? ¿No está con la cabeza inclinada, como una Sibila que interroga al porvenir, meditando siempre un nuevo medio de traer al banquete social, un puñado mas de desheredados, y si puede ser, á una clase entera proscrita aun en las gemmonias de la miseria? ¿El cuarto estado no ha entrado en el parlamento en nuestros dias y una buena parte de él en las comodidades de la vida? ¿Las antiguas clases aristocráticas no duermen hoy en el olvido de sus blasones y de sus deudas, y las clases populares no ocupan hoy los puestos públicos? ¿Las industrias, no hacen, en fin, el trabajo nacional y obtienen por consecuencia sus productos? Paciencia pues. El único medio de que todos tengan pan y bienestar es acelerar el progreso, no retardarle con impacencias perjudiciales. Los mártires de cuarenta mil años, esas razas sobre cuya vida aun pesa el infortunio y sobre cuya memoria pesa, como una losa, la tradicion del martirio de sus mayores, ¿no esperarán un dia mas, cuando su victoria es segura y su triunfo definitivo? ¿El plato de lentejas que podrian obtener hoy por una sorpresa revolucionaria y que les sería arrancado al otro dia á cañonazos, le codiciarán mejor que el plato de carne humeante y sabrosa que por un dia mas de espera le daría el progreso? Estas eran próximamente las ideas de Caste-

lar entonces sobre este asunto y estas son hoy.

El discurso sobre la idea del progreso fué notabilísimo tambien: *La Discusion* le publicó en una gran hoja y todo el mundo se apresuró á comprarle. El gran orador consideró el progreso como lo han considerado todos los grandes pensadores. Se creia escuchar en unas ocasiones una imágen de Platon, en otras un trozo de Pelletan; en algunas un raciocinio de Hegel. Lo que se notaba al momento en este discurso, mas que en ninguna otra de sus obras, era la influencia que ejercia en sus ideas el panteismo hegeliano, influencia que ha hecho notar muy detenidamente Luis Vidart en un libro que escribió, hará algunos años, sobre los filósofos españoles. Para Castelar entonces la historia marchaba en serie: el número tres era un número sagrado: una trinidad misteriosa dormia plácidamente en el seno de todo lo humano: la tésis, la antítesis, y la síntesis; es decir, la afirmacion, la contradiccion y la armonía brotaban de todos los sucesos, como una mariposa que tuviera tres alas, y que, al volar, por una combinacion de la naturaleza, las tres se soldaran en una. El tiempo tenia tres términos, la mecánica tres fuerzas, el pensamiento tres formas, la historia tres períodos, la sociedad tres partidos, cada una de sus grandes síntesis históricas tendrá á su vez sus dias de afirmacion serena, de contradiccion tempestuosa, de unidad armónica. No hay que decir que estas ideas eran puramente hegelianas. Este fué el éter que corrió, como una chispa eléctrica, á través de todo este discurso, y el Ateneo se acordó de él por mucho tiempo. Muchos doctrinarios, muchos reaccionarios habian hablado allí, desde Donoso hasta el P. Sanchez:

muchos liberales tambien: aquellos habian negado la idea del progreso, estos la habian sostenido, pero entre los que la habian sostenido ninguno supo ser un intérprete tan feliz y tan acertado de las últimas ideas históricas y de las últimas ideas filosóficas, emitidas por los mas grandes pensadores, como Castelar. Y aquí se nos ocurre una pregunta: ¿en qué consistia que conociendo y estando influido Castelar por las ideas eminentemente panteistas, anticristianas de Hegel, predicaba aun el cristianismo y aun el catolicismo, pretendiendo armonizarle con la Democracia? Misterio es este que no adivinamos. Quizá queria no asustar á los gobiernos y á las clases conservadoras de entonces, predicándoles una democracia anti-cristiana: quizá, y esto es lo mas probable, no estaba entonces mas que en el principio de la evolucion que hemos indicado en el fin del capítulo anterior.

XXVI.

La vida de Castelar es una vida singular. No hay en ella grandes emociones, grandes tempestades, ni desafíos frecuentes, ni amores siempre renovados. Es un arroyo que se desliza siempre con el mismo murmullo. Ha consagrado todas sus horas y todo su trabajo á las ideas y no ha tenido tiempo de vivir para sí mismo. Este es un sacrificio del cual, en verdad, no son capaces todos. Vivir para todos y no vivir para uno mismo: consagrar todas las horas de la existencia á los demás y no consagrar mas que muy pocas ó

ninguna á sus propios placeres, es un heroísmo casi incomprensible, y doblemente incomprensible, en un grande hombre, porque los grandes hombres suelen tener grandes pasiones.

Castelar se levanta á las seis de la mañana y se acuesta á las once ó á las doce. Trabaja por el día, porque la luz se ha hecho, como él dice, para el trabajo y las tinieblas para el reposo. Le gusta el campo con pasión. «Viviría en él siempre» me decía una mañana en que teníamos en frente de nosotros las crestas coronadas de nieve del Guadarrama, y á nuestros piés una alfombra de amapolas y de flores blancas y amarillas. Esta pasión la comprendo perfectamente. No hay artista que no ame la naturaleza. Yo creo que Castelar llevado de este amor, se fundiría con el universo en un abrazo indisoluble, si le fuera posible. Su alma es una alma eminentemente panteísta. Se suspendería de los brazos de la naturaleza y la daría un beso eterno, cuyo principio le hubieran visto los hombres, pero cuyo fin se perdería en la eternidad.

Hásele acusado de que no tiene pasiones: de que las mujeres no le atraen, de que no ha tenido queridas, de que su juventud se ha pasado sin una mujer que le haya sonreído. Unos han dicho que era un clérigo: otros que se le había secado el alma con la política: aquellos que era una naturaleza virgen, un cuerpo con sangre, pero con sangre sin fuego y sin electricidad. ¿Qué hay de verdad en esto? ¿Es humanamente posible que un gran artista no ame la belleza, y de consiguiente el eterno tipo de ella que es la mujer? No. Castelar ama la belleza y la comprende como

pocos. Lo que hay de cierto en esto es que el gran orador es casto, positivamente casto. La embriaguez le horripila; la prostitucion le hastía; las orgías le marean. Su alma no es á propósito para envolverse entre estas capas de lodos.

Tuvo un amor en su primera juventud. Su alma no había sufrido aun los desengaños políticos que la han amargado despues y amaba en toda su intensidad. ¿Quién era? ¿Quién fué aquella musa que aromó la primavera de su juventud, que roció su corazón con la esencia de sus sentimientos, que compartió con su madre la tarea de modelar su alma? No podemos decirlo. Es un secreto que él quiere conservar. Quizá, cuando la república se haya consolidado: cuando los peligros cesen: cuando su partido no necesite ya ni de sus esfuerzos ni de su genio aquí dentro, y crea oportuno enviarle á la embajada de París ó á la de Roma,—porque las brumas de Londres no convienen á su naturaleza meridional—quizá se decida á escribir, como Lamartine, sus *Confidencias*, ó como Rousseau, sus *Confesiones*, y entonces él revelará quien fué aquella mujer, en que transportes vivió con ella, en que idilio se mecieron, que nubes de rosa flotaron sobre sus cabezas juveniles, que alfombra de sueños hollaron sus piés.

«¿Puede concebirse mayor tormento? ha escrito él en una de sus últimas obras. El corazón solitario solo engendra serpientes como el desierto. Nadie se cura de vuestra vida, ni se interesa por vuestra suerte. Los mas bellos sentimientos caen por su propio peso en el abismo del

alma, pues no teneis á quien comunicarlos, y la hieren y la destrozan. Podeis salir cuanto querais de vuestra casa sin que nadie os detenga y volver sin que nadie os aguarde. Como la salud es vuestra solamente, la exponéis al primer peligro, la jugáis á la primera carta. Como la muerte ha de herir un corazon solitario, la aguardais indiferente. No teneis con quien compartir ni penas ni alegrías. El alma que, partida en dos, se agranda hasta lo infinito, en el egoismo se encoge y seca á la manera de esas frutas caidas verdes del árbol. Cuando las fuertes emociones de un corazon varonil, cuando las rudezas de un carácter que ha peleado mucho, no están por la sonrisa de una mujer querida templados, toman algo de salvaje, como los campos abandonados del cultivo. Despues de una tempestad, no hay calma; despues de la noche, no hay aurora; despues de la duda, no hay fé; despues del dolor, no hay consuelo. Una vida sin amor es un cielo sin astros.»

Pero aquella jóven murió y el gran artista cayó en desolacion profundísima.

¡Musa del poeta de la oratoria, númen de sus primeros años, Beatrice ignorada de un artista que hace con la palabra lo que Praxiteles con el mármol! Donde quiera que duermas el sueño de los muertos, bien hayas tú! Quizá hiciste tú lo que Teresa con lord Byron, le inspiraste esa virtud austera y ese deseo inquebrantable de trabajar por la humanidad y construirse por su propia mano un panteon inmortal en el corazon de los pueblos! Cuando el orador muera y no quede de él mas que su gloria, los pueblos que sabrán

donde duermes, y quien eres, enviarán sus poetas á cantar sobre tú tumba; sus escultores á descubrir el paradero de tu alma y aprisionarla en un pedazo de mármol que palpите como tú palpitaste, que viva como tú viviste. Los que aman las grandes ideas y los grandes sentimientos, irán todas las primaveras, como los discípulos de Rousseau á la tumba de Eloisa, á renovar la corona de siemprevivas puesta sobre tu sepulcro. ¡Duerme en paz entre los muertos hasta que el que te amó quiera que tu nombre vuelva á resonar entre los vivos!

XXVII.

La muerte de su madre y de esta mujer amada lanzáronle con nuevo impulso á la vida de la política. Habia estado alejado un poco de ella: habia escrito en la *Discusion* poco ó nada: habia limitado sus trabajos á las lecciones de su clase y á las lecciones del Ateneo: pero vinieron estos acontecimientos, que le dejaron aislado y solo, sin mas que la memoria de aquellos dos grandes sentimientos á los que habia rendido culto tan fervoroso y extraordinario, y se decidió á reanimar su vida para olvidar tanta muerte. Escribió otra vez; se mezcló en las luchas, se atareó un poco mas y olvidó. Cerró aquellas dos tumbas despues de haber llorado mucho junto á ellas, y dijo á las sombras poéticas de aquellas dos mujeres: «Esperadme: como otros vienen todas las mañanas á depositar una flor sobre la lápida de sus muertos, yo vendré todas las mañanas á col-

gar de vuestro nicho los pensamientos que haya dado á comulgar á mi pueblo el dia antes, las ideas nuevas que haya colgado, como la corona de las vírgenes antiguas, á la frente de la humanidad.» Y en efecto, ha cumplido su palabra.

XXVIII.

La espedicion de Castelar á Cataluña, acaecida por estos dias, no debemos pasarla en silencio. En su afan propagandista, los viajes para el orador de la democracia no han sido mas que grandes escesos de trabajo. En todas partes donde se presentaba era preciso hablar. La multitud le seguia con cariño y le llenaba de aclamaciones. Al penetrar en el palco de la ópera en Barcelona, la muchedumbre se puso de pié, como en otro tiempo cuando entraban los reyes, y prorrumpió en entusiastas vítores. Los hermanos Clavé pusieron como una alfombra, á los piés del orador, su popularidad, y durante los treinta y tres dias que duró este hermoso viaje, caminó por entre flores, coronas y versos. Aunque no haya tenido Castelar otro premio á sus esfuerzos por propagar las ideas democráticas que este y otros parecidos, está bien pagado. El amor del pueblo es la mejor corona que pueden ostentar los que le han hecho algun bien. De Granollers, de Sabadell, de Arenys de Mar, vinieron comisiones á felicitarle y á rogarle que los visitara. El visitó muchos puntos y habló en muchas partes. Por fin se trató de tener una gran reunion. El marqués de Miraflores, el

bendito marqués de las insaculaciones era presidente del Consejo de Ministros, y Ministro de la Gobernación Vahamonde. Este ministerio se distinguió por tener las inapreciables prendas de ser, como algunos líquidos, insípido, inodoro é incoloro. Se vaciló mucho antes de dar permiso para la reunion, pero al fin se otorgó con la condicion de que no se habia de pronunciar la palabra «democracia.» Grave aprieto para los oradores. Reuniéronse al fin los que habian de asistir á aquella especie de fiesta de la democracia: hablaron muchos: cada uno como pudo y como supo. Un delegado del gobierno estaba allí, gruñendo, murmurando, mirando á todos. En verdad que debió pasar muy mal rato. Al cabo tocóle el turno á Castelar. Habló como de costumbre y entusiasmo como siempre. Hasta al mismo delegado del gobierno llegó aquella nube de electricidad, porque parecia ya menos estatua y mas hombre. Castelar concluyó su discurso de esta manera ó de otra muy parecida, «Y el fin de este estado de cosas, el fin de este reinado del mal tendrá lugar cuando llegue el reinado de la democracia.» Aquello era terrible: aquello era una iniquidad. La palabra maldita habia sido pronunciada y semejante desobediencia no podia quedar sin castigo. El delegado se enfureció y telegrafió á Vahamonde, contándole el caso y preguntándole que convenia hacer con aquel Castelar que se creia invulnerable é hijo de la fortuna. El ministro fué mas racional, y contestó al delegado diciéndole que no fuera inocente y no hiciera nada, que no convenia meterse con ciertos hombres, y que, en fin, dejara aquello quieto y como si tal cosa hubiera acontecido. La democracia venció. El orador re-